

The cover features a central illustration of a young girl with long brown hair, wearing a teal dress, seen from behind. She stands on a ledge, looking across a deep, light-blue canyon. At the top of the canyon, a city with several buildings is perched on a cliff edge, connected to the foreground by a thin, hatched bridge. The canyon walls are a warm, textured orange-brown. In the bottom corners, there are small, stylized houses and plants. A logo in the bottom right corner consists of the text 'VR YA' next to a lightning bolt symbol.

Reyna Grande

# La distancia entre nosotros

Memorias de una niña emigrante

VR  
YA

Reyna Grande

# **La distancia entre nosotros**

Memorias de una niña emigrante





Título original: *The Distance Between Us*

Traducción del inglés de Julián Alejo Sosa

Revisión de Gabriel Bruch

Ilustración de cubierta: © James Gulliver Hancock

Primera edición: mayo de 2020

© 2012, 2016, 2019, Reyna Grande

Publicado por acuerdo con Aladdin,

un sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division

© VR Europa, un sello de Editorial Entremares, s.l., 2020

c/ Vergós, 26, 08017 Barcelona - [www.vreuropa.es](http://www.vreuropa.es)

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-120950-3-6

eISBN: 978-84-122148-2-6

Maquetación: Cuqui Puig - Adaptación de cubierta: Silvia Blanco

*Para mi hermana Mago,  
mi pequeña madre*

# Contenido

## PRIMERA PARTE: Mi mamá me ama

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

## SEGUNDA PARTE: El Hombre Tras el Cristal

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Agradecimientos

Querido lector, querida lectora:

Vivimos unos tiempos en los que migrar se considera un delito. En cambio, constituye un acto de supervivencia, fe y amor, o al menos eso creo yo. Millones de personas del mundo entero se ven forzadas a abandonar sus hogares, y solo espero que seamos capaces de ofrecerles el cariño y la dignidad que merecen, porque muchos países, incluido el mío, construyen muros, reales y metafóricos, para evitar que entren.

Yo vivo en Estados Unidos, a cuyas fronteras llegan cada día niños inmigrantes y refugiados pidiendo permiso para quedarse y formar un hogar. Lejos de tratarlos como a personas, con amor y misericordia, el gobierno los considera delincuentes y los encierra en centros de internamiento sucios y masificados, donde a menudo no ven cubiertas las necesidades básicas porque no les proporcionan ni un cepillo de dientes ni jabón. A estos niños se los castiga por tener el valor de venir a nuestro país, y, aun así, siguen llegando de a miles, arriesgando la vida en el trayecto que separa sus hogares de nuestra frontera. La mayoría provienen de Honduras, El Salvador y Guatemala, así como de mi país de origen: México.

Tal vez te estés preguntando por qué vienen o qué hace que estén dispuestos a morir en el intento. Casi todos escapan de la violencia, la opresión, la pobreza, la corrupción, los desastres naturales provocados por el cambio climático, pero otros lo hacen por la misma razón por la que yo dejé mi país cuando era niña: para reencontrarse con sus padres.



Verás: en los países donde se vive en condiciones de extrema pobreza y donde hay poquísimas oportunidades de sobrevivir o prosperar, muchos padres se ven obligados a abandonar a sus hijos y partir en busca de una vida mejor. Esos niños pasan años y años sin saber si algún día volverán a ver a sus padres.

Y eso es exactamente lo que nos ocurrió a mis hermanos y a mí. Nuestros padres nos dejaron en México para viajar al norte de Estados Unidos en busca de trabajos mejores. Transcurrían los años y nuestro miedo y nuestra desesperación crecían. ¿Regresarían algún día? ¿Se habrían olvidado de nosotros? ¿Nos habrían reemplazado por unos niños estadounidenses? ¿Y si no los veíamos nunca más?

En algunos momentos pensamos en escaparnos para encontrarnos con ellos. Queríamos preguntarles: «¿Aún nos queréis?» Por suerte, nunca nos vimos obligados a realizar ese viaje. Después de un tiempo, mi padre regresó y, de un día para otro, estábamos cruzando la frontera de Estados Unidos con México, arriesgando la vida para que, al fin, la nuestra fuera una familia unida, como había soñado siempre.

Los niños inmigrantes y refugiados que llegan a la frontera en la actualidad no corren la misma suerte que yo. Para tener un futuro, a ellos no les queda otra opción que abandonar su casa, a menudo por su cuenta, y pocos logran asentarse en este país.

Escribí *La distancia entre nosotros* porque siento que todo niño inmigrante o refugiado tiene una gran historia detrás. Pensé que si contaba mi experiencia quizá podría arrojar luz sobre la cuestión de la inmigración y la polémica que suele rodearla. Espero que mi libro despierte entre los lectores compasión, comprensión y amor hacia todos los desplazados, especialmente hacia los niños.

Originalmente pensé este libro para un público adulto, pero no he querido dejar de compartir mi historia con los lectores más jóvenes, sean inmigrantes o no. En *La distancia entre nosotros* hablo de supervivencia y triunfo, de cómo, por más difícil que sea nuestra infancia, siempre debemos mirar hacia delante con esperanza sin que nada ni nadie nos impida convertirnos en la persona que deseamos ser.

¿Adónde quieres llegar? ¿Quién quieres ser? ¿Qué quieres lograr? Que nada ni nadie te lo impida. Aférrate a tus sueños. En tiempos difíciles, aférrate aún más a ellos y no los dejes escapar.

Abrazos,

*Reyna Grande*

## **PRIMERA PARTE**

### **Mi mamá me ama**

# 1

—No me voy por mucho tiempo.

—¿Cuánto será? —quería saber. Necesitaba saberlo.

—No mucho —me contestó mi madre, cerrando su maleta.

Se dirigía a un lugar del que la mayoría de los padres nunca regresa, un lugar que primero se llevó a mi padre y ahora estaba haciendo lo mismo con mi madre.

Estados Unidos.

Mi hermana Mago, mi hermano Carlos y yo cogimos nuestras bolsas con ropa y acompañamos a mamá hacia la puerta de la pequeña casa que alquilábamos. Los hermanos de mamá estaban empaquetando nuestras pertenencias para guardarlas. Apenas salimos a la luz del sol, vi a papá durante un segundo. Mi tío estaba guardando un retrato de mi padre en una caja, así que corrí a toda prisa para quitárselo.

—¿Por qué te llevas eso? —me preguntó mamá mientras avanzábamos por el camino de tierra hacia la casa de la madre de papá, donde nos quedaríamos mientras mamá no estuviera aquí.

—Él es mi padre —le dije, y apreté el retrato contra mi pecho.

—Tu abuela tiene más fotos de él en su casa —me explicó mamá—. No tienes que llevarte esta.

—Pero ¡este es mi padre! —le señalé.

Ella no entendía que esa cara de papel detrás de una barrera de cristal era el único padre que conocía.

Papá se había marchado a Estados Unidos hacía dos años. Quería construir para nosotros una casa, una casa de verdad hecha de ladrillos y hormigón. Si bien era albañil y podía construir una casa con sus propias manos, no encontraba trabajo en México a causa de la debilidad de la economía, por lo que se vio obligado a marcharse hacia el lugar al que en mi pueblo todos llamaban El Otro Lado. Tres semanas atrás había llamado a mamá para decirle que necesitaba su ayuda. «Si los dos estamos aquí juntando dólares, será mucho más fácil conseguir los materiales para la casa», le había dicho.

Pero, al mismo tiempo, nos estaba dejando sin madre.

Mago (diminutivo de Magloria) cogió mis bolsas de ropa para que pudiera sostener la foto de papá en mis manos. El camino de tierra estaba lleno de rocas que esperaban hacerme tropezar, pero ese día me movía con mucho más cuidado que nunca, debido a que llevaba a papá entre mis brazos y podía romperse con facilidad.

Mi pueblo, Iguala de la Independencia, en el estado sureño de Guerrero, está rodeado de montañas. Mi abuela vivía en las afueras y, de camino hacia su casa, no aparté la mirada de la montaña más cercana. Era muy grande y suave, como si estuviera recubierta de terciopelo verde. Durante la temporada de lluvias, un círculo de niebla envolvía la cima, como el pañuelo blanco que la gente se ata sobre la frente cuando sufre dolores de cabeza. Por esto los lugareños la llamaron La Montaña que Tiene Dolor de Cabeza. Por entonces, yo no sabía cómo era El Otro Lado,

ni tampoco mi madre. Ella nunca había salido de Iguala. Hasta ese día.

No vivíamos lejos de la madre de papá: al doblar la esquina, su vivienda ya estaba a la vista. La casa de la abuela Evila se encontraba en la falda de la montaña. Era una pequeña casa de adobe pintada de blanco y con techo de tejas. Algunas buganvillas subían por una de las paredes. La enredadera, densa y con flores rojas, creaba la ilusión de que la casa estuviera sangrando.

—Hacedle caso a la abuela —dijo mamá, mirándome fijamente. Los cuatro habíamos caminado guardando silencio. Se detuvo y se puso frente a nosotros—. Portaos bien. No le deis ningún motivo para enfadarse.

—Ella nació enfadada —dijo Mago por lo bajo.

Carlos y yo nos reímos. Mamá también, pero paró enseguida.

—Silencio, Mago. No digas esas cosas. Tu abuela nos está haciendo un gran favor al cuidar de vosotros. Escuchadla y hacedle caso en todo lo que os diga.

—Pero ¿por qué tenemos que quedarnos con ella? —preguntó Carlos, que iba a cumplir siete años el mes siguiente. Mago tenía ocho y medio, cuatro más que yo.

—¿Por qué no nos podemos quedar con la abuelita Chinta? —preguntó Mago.

Yo también había pensado en la madre de mamá. Su voz era suave como el arrullo de las palomas enjauladas alrededor de su humilde casa, y olía a aceite de almendras y a hierbas. Pero, por más que quisiera a mi abuela, siempre preferiría estar con mi madre.

—Papá quiere que os quedéis con su madre. Piensa que estaréis mejor aquí... —dijo mamá, suspirando.

—Pero...

—Basta. Ha tomado una decisión y debemos cumplirla —contestó mamá.

Seguimos caminando. Mago, Carlos y yo aminoramos la marcha y mamá pronto se quedó sola caminando por delante. Observé la foto que tenía entre mis manos, el cabello oscuro ondulado de papá, sus labios bien marcados, su ancha nariz y sus ojos color café mirando hacia un lado. Deseaba que hubiera estado mirándome a mí, y no detrás de mí. Deseaba que pudiera verme.

—¿Por qué te la llevas? —le pregunté al Hombre Tras el Cristal.

Como siempre, no respondió.

—¡Señora, ya estamos aquí! —gritó mamá desde la entrada de la casa de mi abuela.

En la acera de enfrente, el perro del vecino nos ladraba.

—¡Señora, soy yo, Juana! —agregó mamá, solo que más fuerte esta vez.

No abrió la puerta para entrar porque a mi abuela no le gustaba mi madre. Y la verdad era que tampoco le gustábamos nosotros, por lo que no entendía por qué papá quería que nos quedáramos allí.

Finalmente, la abuela Evila salió de la casa. Su plateado cabello estaba atado en un rodete tan tenso que estiraba todo su cuero cabelludo. Caminaba inclinada hacia delante, como si cargara con un saco de maíz invisible. Mientras avanzaba hacia la cerca, se secó las manos en el delantal, manchado con una salsa roja fresca.

—Hemos llegado —dijo mamá.

—Ya lo veo —le contestó mi abuela.

No abrió la puerta ni tampoco nos invitó a pasar para resguardarnos a la sombra del limonero que tenía en el patio. Como el radiante sol del mediodía me quemaba la cabeza, me acerqué a mamá para cobijarme bajo su sombra.

—Gracias por cuidar de los niños, señora —le dijo mamá —. Todas las semanas le enviaremos dinero para los gastos.

La abuela nos miraba a los tres y yo no podía distinguir si estaba enfadada o no. Siempre tenía el ceño fruncido, no importaba de qué humor estuviera.

—¿Y cuánto tiempo se quedarán?

—El que sea necesario —le contestó mamá—. Solo Dios sabe cuánto tiempo tardaremos en construir la casa que Natalio quiere.

—¿Que Natalio quiere? —le preguntó la abuela Evila, inclinándose sobre la cerca—. ¿Acaso tú no la quieres?

Mamá nos miró y nos rodeó con los brazos. Nos acercamos a ella. De pronto, las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas y sentí como si me hubiera tragado una de las canicas de Carlos.

—Claro que sí, señora. ¿Qué mujer no querría una bonita casa de ladrillo? Pero no al precio que tenemos que pagar para tenerla —le contestó mamá.

—Los dólares estadounidenses sirven mucho aquí —dijo la abuela Evila, señalando una casa de ladrillo a lo lejos en su terreno—. Mi hija se construyó ella misma una casa muy bonita con el dinero que ganó en El Otro Lado.

Nos volvimos para admirar la casa. Era la más grande de la manzana, pero mi tía no vivía allí. Nunca había regresado de Estados Unidos, a pesar de haberse marchado mucho antes que mi padre. Dejó atrás a mi prima Élida, de quien mi abuela se hacía cargo desde entonces.

—No estoy hablando de dinero —le indicó mamá a la abuela, y luego se volvió hacia nosotros y se agachó para ponerse a nuestra altura. Respiró hondo y añadió—: Trabajaré tan duro como pueda. Cada dólar que gane será para vosotros y para la casa. Estaremos de vuelta antes de que os deis cuenta.

—¿Por qué papá quiere que vayas solo tú y yo no? —preguntó Mago—. Yo también quiero verlo.



Al ser la mayor, ella podía recordar mucho mejor que yo a papá. Llevaba mucho más tiempo esperándolo.

—Ya te lo expliqué. Tu padre no tiene dinero suficiente para las dos. Además, voy allí para trabajar. Para ayudarlo con la casa.

—No necesitamos una casa. Necesitamos a papá —le contestó Mago.

—Te necesitamos a ti —agregó Carlos.

Mamá peinó el cabello de Mago con los dedos.

—Me marcharé durante un año. Prometo que después volveré y traeré a vuestro padre conmigo. ¿Prometes cuidar de Carlos y Reyna por mí, ser su pequeña mamá?

Mago miró a Carlos y luego a mí. No sé qué vio mi hermana en mis ojos, pero fue algo que hizo que su expresión se dulcificara. ¿Acaso veía cuánto miedo tenía yo? ¿Sentía que se me estaba rompiendo el corazón al perder a mi madre?

—Sí, mamá. Lo prometo. Pero tú también debes mantener tu promesa, ¿de acuerdo? ¿Volverás?

—Claro que sí —le contestó mamá.

Abrió los brazos y nos envolvió en ellos.

—No te vayas, mamá. Quédate con nosotros. Quédate conmigo. Por favor —le rogué, aferrándome con fuerza a ella.

Me dio un beso en la coronilla y me empujó suavemente hacia la puerta cerrada.

—Tienes que resguardarte del sol antes de que te dé dolor de cabeza.

Por fin la abuela Evila abrió la puerta para que pudiéramos entrar, pero nos quedamos quietos. Permanecimos allí con nuestras bolsas, y la idea de tirar la foto de papá al suelo para que estallase en pedazos cruzó mi mente. No soportaba que se llevara a mi madre solo porque él quería una casa y un terreno propios.

—No te vayas, mamá. ¡Por favor! —le rogué.

Mamá nos dio un fuerte abrazo a cada uno y nos besó para despedirse. Apreté mi mejilla contra sus labios coloreados con un pintalabios rojo de Avon.

Mago me sujetó con fuerza mientras veíamos cómo mamá se marchaba. Cuando desapareció en una curva del camino, me solté de la mano de mi hermana y eché a correr, llamando a gritos a mi madre. Entre lágrimas, vi cómo un taxi se la llevaba lejos. Entonces sentí una mano en mi hombro y me giré para ver a Mago detrás de mí.

—Vamos, Nena —me dijo.

No había lágrimas en sus ojos y, mientras caminábamos de regreso a la casa de mi abuela, me pregunté si, cuando le pidió a Mago que fuera nuestra pequeña mamá, nuestra madre también le estaba diciendo que no se le permitía llorar.

## 2

Todos los días, mientras Mago y Carlos estaban en la escuela, me quedaba junto a la cerca mirando el camino de tierra en el que mamá había desaparecido, deseando verla regresar.

—Ve adentro, Nena —me dijo Mago cuando llegó con Carlos de la escuela.

Me acompañó al interior de la casa, donde pasamos el resto de la tarde haciendo las tareas del hogar.

—No os quedaréis aquí gratis —nos había dicho la abuela Evila en cuanto la puerta se cerró detrás de nosotros la mañana en que mamá se marchó. Y ahora ya sabía qué significaba eso.

Habían pasado dos semanas y todo el vecindario sabía que nuestra madre se había ido. No podíamos ir a ningún sitio sin que la gente nos mirara con lástima. Un día, de camino a la fábrica de tortillas, Mago y yo pasamos frente a la casa del panadero, y su esposa nos miró y le dijo a su marido: «Míralos, pobrecitos, los pequeños huérfanos».

—¡No somos huérfanos! —le grité.

Cogí una piedra para tirársela, pero me detuve al comprender que mamá se sentiría muy decepcionada si lo hacía. Así que la solté y cayó al suelo.

Sin embargo, la esposa del panadero había visto la mirada en mis ojos. Sabía lo que yo había estado a punto de hacer.

—¡Qué vergüenza, niña! —me regañó—. Desearía que la tierra me tragara si tuviera una hija como tú.

—Vamos, no seas tan dura con la niña —le dijo el panadero—. Es muy triste no tener a tus padres.

Se subió a su bicicleta y se marchó a hacer el reparto del pan. Lo observé hasta que dobló la esquina, hipnotizada por cómo maniobraba la bicicleta entre las piedras por el camino de tierra sin perder el equilibrio y sin que se le cayera el pan de la enorme canasta que llevaba en la cabeza.

—Si tu madre regresa alguna vez, le hablaré de tu comportamiento —dijo la esposa del panadero, señalándome con un dedo.

Entró en su casa y cerró la puerta de un golpe.

—No te entiendo —dijo Mago, sacudiéndome con la canasta de las tortillas.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Es que no somos huérfanos!

Estaba demasiado enfadada para hablarme. Me agarró fuerte por la muñeca y tiró de mí hacia la fábrica de tortillas. Me tropecé con una piedra y me hubiera caído de no ser porque Mago me tenía agarrada. Aminoró la marcha y comenzó a aflojar la presión en mi muñeca.

—No quiero que la gente sienta lástima de nosotros —le dije.

De pronto se detuvo y se llevó una mano a las cicatrices de su rostro, causadas por un accidente que tuvo cuando era pequeña. Tenía una en la mejilla, una en el párpado y otra en el puente de la nariz. La gente siempre sentía lástima por Mago debido a las heridas, y ella no lo soportaba.

—Siento haberte pegado, Nena —me dijo.  
La perdoné de inmediato.

Cuando regresamos de la fábrica de tortillas, mi prima Élida estaba esperando junto a la cerca, preguntando por qué habíamos tardado tanto.

—¿No veis que tengo hambre?

Élida, de trece años, tenía un rostro regordete y circular, con grandes ojos saltones que se parecían a los de una rana. Yo pensaba que, como todos estábamos en la misma situación (nuestros padres nos habían abandonado), podríamos ser amigas. Pero Élida no estaba interesada en ser nuestra amiga. Al igual que los vecinos, nos llamaba «pequeños huérfanos», a pesar de que su madre también la había abandonado a ella. Los hermosos vestidos que la abuela Evila le hacía en su máquina de coser, y los muchos regalos que Élida recibía de su madre desde El Otro Lado, hacían que ella pasara de ser una pequeña huérfana a una nieta privilegiada. Era todo lo que nosotros no éramos.

Al verla, me enfadé de nuevo por haber sido calificada de huérfana, porque Mago me había pegado, porque mi madre me había abandonado, porque mi padre se la había llevado lejos.

—Tu cabello parece una cola de caballo —le dije.

—¡Estúpida huérfana! —me contestó, tirándome de la coleta.

La abuela Evila cogió las tortillas que llevaba Mago y no le dijo nada a Élida por tirarme del pelo.

Carlos, Mago y yo nos sentamos en dos escalones de hormigón que llevaban de la cocina a la habitación de mi abuela, dado que en la mesa solo había cuatro sillas y ya estaban ocupadas. La abuela Evila le sirvió una porción de cerdo a mi abuelo, otra a Élida, la tercera a mi tía

Emperatriz y la última a sí misma. Para cuando la sartén llegó a nosotros, solo quedaba aceite. Con una cuchara, tomó un poco y lo vertió sobre nuestros frijoles.

—Para darles gusto —nos comentó.

«Si papá estuviera aquí, si mamá estuviera aquí, no estaríamos comiendo aceite», pensé.

—¿No queda nada de carne? —preguntó la tía Emperatriz.

La abuela Evila negó con la cabeza.

—El poco dinero que me has dado esta mañana no ha durado mucho en el mercado —le explicó—. Y sus padres aún no me han enviado nada esta semana.

Mi tía miraba con detenimiento nuestros frijoles aceitosos. Cogió su monedero y le dio una moneda a Mago para que fuera a comprar un refresco. Al rato, Mago regresó de la tienda con una Fanta. Le dimos las gracias a nuestra tía y bebimos de la botella por turnos, pero el dulce sabor a naranja no eliminó por completo el aceite de nuestras bocas.

—¿Qué sentido tiene que estén en El Otro Lado si vamos a comer como vagabundos? —dijo Mago después de la comida.

Llevamos los platos sucios a la pila de piedra y luego limpiamos la mesa y fregamos el suelo. Carlos sacó la basura al patio trasero, para prenderle fuego con el resto de los residuos.

—¡Regina! —La abuela Evila llamó desde su habitación, donde estaba arreglando su vestido—. ¡Regina, ven aquí!

Tardé un momento en comprender a quién estaba llamando, ya que Regina no es mi nombre. Nací el 7 de septiembre, el día de Santa Regina, y mi abuela eligió ese nombre. Mamá no le hizo caso y me puso Reyna en su lugar.

—¿Sí, abuela? —le dije mientras me acercaba a la puerta.

—Ve a la tienda de don Bartolo a comprarme una aguja —me pidió, entregándome una moneda—. Y date prisa.

Las dos hijas de don Bartolo estaban jugando a la rayuela frente a la puerta de la tienda. Cuando pasé a su lado me señalaron y dijeron por lo bajo: «Mira, allí va la pequeña huérfana». Esta vez no lo pensé dos veces. No me importaba que todo el vecindario pensara que era una salvaje y una vergüenza para mi familia. Les tiré la moneda con todas mis fuerzas y le dio a la niña más alta justo por encima del ojo derecho. Gritó y entró corriendo a la tienda mientras llamaba a su padre. Corrí a casa tan rápido como pude, dejando la moneda en el suelo. Cuando la abuela Evila me pidió la aguja, no tuve otra opción que decirle la verdad.

Entonces llamó a Mago.

—Lleva a tu hermana a disculparse con don Bartolo y no vuelvas sin mi aguja.

Mago me agarró la mano y me arrastró a la calle con fuerza.

—Ahora sí lo has logrado —me dijo.

—¡No debería haberme llamado «huérfana»!

Me solté con fuerza de la mano de Mago y me quedé quieta. Me miró un largo rato. Pensé que me iba a pegar pero, en cambio, me cogió de la mano de nuevo y me llevó en otra dirección.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

No me respondió pero, en cuanto doblamos la esquina, apareció la pequeña casa donde vivíamos antes. Nos detuvimos frente a ella. La ventana estaba abierta y noté el olor de los frijoles que hervían en la cocina. Oí la voz de

una mujer cantando con la radio. Mago dijo que no sabía quiénes eran los nuevos inquilinos, pero siempre sería la casa en la que habíamos vivido con nuestros padres.

—Nadie puede borrar eso —añadió—. Sé que no recuerdas para nada a papá, pero lo que recuerdes sobre mamá y esta casa son tuyos para siempre.

La seguí hasta el canal al pie de la colina. Mamá lavaba la ropa allí.

—Aquí es donde mamá te salvó la vida, Nena. ¿Te acuerdas? —me preguntó Mago.

Asentí con un nudo en la garganta. El año anterior había estado a punto de ahogarme en el canal. La estación lluviosa lo había convertido en un río muy caudaloso y la corriente era muy rápida y fuerte. Mamá me había pedido que me quedara sentada a su lado en las rocas que usaba para lavar, pero dejó que Mago y Carlos fueran a jugar al agua con los demás niños. Yo también quería ir, y por eso, cuando mamá estaba ocupada enjabonando nuestra ropa con la vista en otro lado, salté al agua. La corriente me llevó canal abajo. No hacía pie, pero mamá me agarró justo a tiempo.

Regresamos a casa de la abuela Evila sin saber qué íbamos a decirle. Antes de entrar, Mago me llevó hasta una pequeña cabaña hecha de cañas, palos y cartón que había cerca del patio. Dentro había grandes vasijas de cerámica, una enorme parrilla, algunas vasijas más y sartenes. Yo nací en ese cuartito. Allí era donde mamá y papá vivían cuando se casaron.

Me senté junto a Mago en el suelo de tierra y me habló del día en que nací de la misma forma en que lo hacía mamá. Señaló un círculo de rocas y una pila de cenizas mientras me contaba que, durante mi nacimiento, un fuego había estado prendido en ese lugar. Cuando nací, la partera me puso en los brazos de mi madre, que se volvió hacia el



fuego para darme calor. Escuchaba a Mago con los ojos cerrados, y sentí el calor de las llamas y el latido del corazón de mamá sobre mi oído.

Mago señaló un lugar en el suelo sucio y me recordó que mi cordón umbilical fue enterrado allí. «Así —le dijo mamá a la partera—, dondequiera que la lleve la vida, nunca olvidará de dónde viene.»

Pero luego Mago me tocó el ombligo y dijo algo que mi madre nunca había dicho. Me contó que mi cordón umbilical era como una cinta que me conectaba con mamá.

—No importa que ahora haya distancia entre nosotros. Ese cordón estará siempre ahí.

Me llevé la mano al ombligo y pensé en lo que había dicho mi hermana. Tenía la fotografía de papá para mantenerme conectada con él. No tenía ninguna de mi madre, pero ahora mi hermana me había dado algo para poder recordarla.

—Todavía tenemos una madre y un padre —me dijo Mago—. No somos huérfanos, Nena. Que no estén aquí con nosotros no significa que ya no tengamos padres. Ahora ven, vamos a contarle a la abuela lo de la aguja.

—Me pegará —le dije mientras nos encaminábamos hacia la casa—. Y también a ti, aunque no tengas la culpa.

—Ya lo sé —me contestó.

—Espera —le dije.

Salí corriendo y crucé la cerca antes de que el miedo se apoderase de mí. Corrí hacia la calle tan rápido como pude. Frente a la tienda, las hijas de don Bartolo seguían jugando. Me miraron con furia en cuanto me vieron llegar. De pronto, mis pies no querían seguir caminando y me llevé un dedo al ombligo.

—Lamento haberte dado con la moneda —le dije a la niña.

Se volvió para mirar a su padre, que había salido de la tienda y estaba junto a la puerta.

—Mi padre dice que tenemos suerte de que trabaje en una tienda. Si no lo hiciera, debería marcharse hacia El Otro Lado. No quiero que se vaya.

—Yo tampoco quería que mi madre se fuera —respondí—. Pero volverá pronto. Y mi padre también.

Don Bartolo sacó de su bolsillo la moneda de mi abuela y me la entregó.

—Nunca creas que tus padres no te quieren —me dijo—. Han tenido que marcharse precisamente porque te quieren mucho.

Compré la aguja para la abuela Evila y, mientras caminaba de regreso a casa, me dije a mí misma que quizá don Bartolo tenía razón. Debía seguir creyendo que mis padres se habían marchado porque me querían mucho y no porque no me quisieran demasiado.

### 3

No pasó mucho tiempo hasta que Élide se convirtió en nuestra enemiga. Ella era la nieta preferida y siempre se aseguraba de que no lo olvidáramos. Cuando llegó a la casa de la abuela Evila hacía seis años, cuando ella tenía siete, mi abuela echó a mi abuelo de la cama para hacer sitio para Élide en su habitación. Le daban todo lo que quería: un vestido nuevo, un nuevo par de zapatos, lujos y horas ilimitadas de televisión. Ante la insistencia de mi abuela, su madre incluso le enviaba regalos. Una vez recibió un walkman de El Otro Lado y se convirtió en la envidia de todo el vecindario. Se pasaba horas en la hamaca escuchando en su walkman canciones de Michael Jackson, mientras nosotros tres limpiábamos la casa de punta a punta.

Una vez, mi abuela consideró que Élide debía aprender a escribir a máquina para convertirse en la mejor secretaria de la historia de Iguala y, al poco tiempo, una máquina de escribir llegó de El Otro Lado. Se pasaba horas tecleando mientras nosotros no hacíamos otra cosa que las tareas del hogar y esperar regalos de El Otro Lado.

Nunca compartió sus cosas con nosotros y, cuando nos dejaba jugar con sus muñecas, teníamos que hacer de sirvientas mientras ella hacía de mujer adinerada. ¡Era

incluso más mandona que mi abuela! No queríamos jugar con ella porque ya éramos suficientemente maltratados en la vida real como para soportarlo cuando estábamos jugando.

Pero lo peor de todo eran los apodos que Élida nos había puesto. A mí me llamaba «Patituerta» porque, como soy zurda, decía que era deforme. A Carlos lo llamaba «Calavera» porque era extremadamente flaco, excepto por su estómago inflamado por los parásitos. Y a Mago la llamaba «Piojosa» por todas las liendres que tenía en su cabeza. Carlos y yo nos aguantábamos, pero Mago no. Ella y Élida se peleaban constantemente como si fueran mujeres mayores, hasta que un día todo empeoró cuando Mago amenazó a Élida con llenarle la cabeza de piojos.

El cabello era la posesión más preciada de Élida. Era tan largo que caía por su espalda como una brillante cascada negra, y, cada dos o tres días, por la tarde, la abuela Evila se lo lavaba con jugo de limón para mantenerlo brillante y saludable. Llenaba un balde de agua, tomaba algunos limones del limonero y exprimía el jugo para añadirlo al balde.

Mago, Carlos y yo nos escondíamos detrás de un arbusto y la observábamos a través de las hojas. La abuela Evila le lavaba el cabello como si fuera una seda delicada y muy valiosa. Luego, Élida se quedaba sentada bajo el sol para que su cabello se secase y, más tarde, mi abuela se lo peinaba con pasadas cortas, empezando por las puntas. Se pasaba media hora peinando el largo, largo cabello de Élida mientras nosotros la observábamos a escondidas.

Nuestro cabello estaba lleno de piojos, nuestros estómagos, hinchados por los parásitos, pero a mi abuela no le importaba. Decía: «Quizá ni siquiera sois mis nietos».

Algunas veces deseaba que eso fuera cierto. Tampoco yo quería que ella fuera mi abuela.

—Vuestra madre no vendrá a recogeros —nos dijo Élide una tarde mientras estaba recostada con su cabello al sol para secarlo—. Ahora que ha encontrado trabajo y está ganando dólares, no querrá regresar, creedme.

Tres semanas atrás, mamá nos había llamado por teléfono para contarnos que había encontrado trabajo en una fábrica de ropa. Dijo que finalmente podía ayudar a papá a ahorrar para la casa y prometió enviarnos dinero para comprar zapatos y ropa. No podíamos decirle que no se preocupara, que el dinero que mandaba desaparecía cuando la abuela iba al banco a recogerlo. Mi abuela se sentaba a nuestro lado mientras hablábamos por teléfono, y si hubiéramos dicho algo malo de ella nos habría pegado.

—Volverá. Estoy segura —le dijo Mago a Élide.

Durante los dos meses y medio que habíamos estado allí, mis padres nos habían llamado todos los fines de semana. Mago siempre le recordaba a mamá su promesa de regresar en un año.

—No te engañes a ti misma —le dijo Élide—. Se olvidarán de ti por completo, ya lo verás. Siempre seréis los pequeños huérfanos.

—Habla por ti. Es tu madre la que no volverá —le contestó Mago, furiosa—. ¿Acaso no tiene otro niño en El Otro Lado?

Cuando mi hermana le recordó la existencia de su hermano estadounidense, Élide miró hacia otro lado. La abuela Evila salió de la casa con un gran peine de plástico. Se sentó detrás de Élide y comenzó a peinar su largo cabello con aroma a limón. Élide se quedó en silencio, sin responderle nada a la abuela cuando le preguntó qué le pasaba.

Una hora más tarde, Élida regresó al patio. Se recostó sobre la hamaca y se quedó mirándonos mientras realizábamos las tareas del hogar. Mago limpiaba y yo regaba las macetas de vincas y geranios de la abuela Evila. Por su parte, Carlos se encontraba en el patio trasero ayudando a mi abuelo a cortar el césped.

Élida se mecía en la hamaca mientras se comía un mango que había comprado en la tienda de don Bartolo. Era un delicioso mango cortado en forma de flor, con la pulpa amarilla espolvoreada con chile rojo. Se me hizo la boca agua al verla dando un mordisco.

—Mi mamá me ama —dijo.

—Oh, cállate —le dijo Mago.

Se volvió hacia Élida con la escoba y empezó a barrer en su dirección.

—¡Huérfana estúpida! —gritó Élida, escapando a toda prisa de la nube de polvo que Mago había formado—. ¡Piojosa!

—¿Y qué si tengo piojos? —le replicó Mago—. Si te descuidas te los pasaré todos a ti y veremos qué ocurre con ese hermoso cabello que tienes.

Mago tiró de mí y comenzó a escrutar mi pelo.

—Mira, mira, ¡un piojo! —exclamó, sosteniéndolo a la vista de Élida.

—¡Abuelita, abuelita! —comenzó a gritar Élida con los ojos bien abiertos por el miedo.

Entró en la casa agarrando su larga trenza. Mago y yo nos miramos.

—Mira lo que has hecho. Ahora sí que nos darán nuestro merecido —le dije.

Creí que mi abuela nos golpearía con su cuchara de madera, o con una rama o una sandalia, como hacía siempre. En realidad, hubiera preferido una paliza a lo que pasó.